

nas podía ponerse en contacto con un enemigo inferior á ellos en número. El resto del ejército, inactivo y peor que inútil, á la retaguardia, servía sólo para oprimir tumultuosamente á la vanguardia.—*Prescott*, lib. III., cap. 3.

Sin la confusión de una muchedumbre sobrecogida por el pánico, tan común entre los bárbaros, las fuerzas *tlascaltecas* se retiraban del campo con todo el orden de un ejército bien disciplinado.—*Prescott*, lib. III., cap. 2.

Tepeacas.—Las guerras que emprendían con *Tlaxcala*, *Chulula*, *Huaxozingo* y *Calpan*, no eran por interés, sino por honor, y para conquistar reputación de guerreros, por lo cual rompían la guerra sin ningún motivo. Tenían capitanes que mandaban compañías de los barrios; tocaban en la guerra bocinas, y llevaban por armas pieles de tigres, venados y otros animales salvajes, y generalmente jaquetas rellenas de algodón que llamaban *escaupiles*; pero los más intrépidos iban desnudos, pintados de negro y rojo, con pañetes, y en las manos arcos, flechas y macanas. El botín que más estimaban en la guerra era la captura de enemigos.—*Herrera*, III, pág. 113.

Mistecas.—En sus guerras combatían con rodelas y macanas, formadas de palos gruesos de roble, de una brasa de largo, y de dos hileras de navajas de pedernal; las rodelas se componían de cañas macizas dobladas y entretejidas. Usaban *escaupiles*, pintábanse la cara para amedrentar á sus enemigos, y rogaban á sus dioses que los hiciese insensibles al hambre, á la sed, al cansancio, y que no los dejasen matar, apresar, ni que fuesen muertos. Las palabras á que recurrían eran una especie de sortilegios, y con ellas iban confiados; si las cosas acontecían adversamente, decían que sus dioses estaban enojados, ó que sus agoreros los habían engañado. Sacábase á la gente para la guerra, por barrios, y la dirigían sus capitanes. Si eran sitiados se subían á los cerros donde resguardaban á sus esposas, hijos y bienes, fortificándose con albarradas, y saliendo de ahí á combatir de siete en siete, ca-

pitanes contra capitanes, soldados contra soldados; cuando moría alguno, otro lo reemplazaba, y continuaban así hasta que quedaban vencidos y hechos prisioneros, ó hasta que se daba término á la guerra por un tratado.—*Herrera*, III, págs. 265-66.

X.—Iglesia.

Acerca de los primeros *mexicanos* que vinieron á este lugar sabemos que no tenían rey ni otro caudillo especial, sino que eran guiados por sacerdotes ó ministros del demonio; estos últimos llevaban sobre sus hombros la imágen del dios *Huitzilpuchtlí*, y sus consejos y determinaciones se seguían siempre.—*Torquemada*, lib. IX, cap. 19.

El gran sacerdote en el reino de *Acolhuacán* y en aquel (de *Tlacupán*) era siempre, según algunos historiadores, el segundo hijo del rey.—*Clavijero*, lib. IV, cap. 14.

El número de sacerdotes entre los *mexicanos* correspondía á la multitud de sus dioses y templos; el homenaje que tributaban á las deidades no era mucho mayor que la veneración que rendían á sus ministros. Podemos conjeturar el inmenso número de sacerdotes del imperio *mexicano* por el número comprendido en el area del gran templo, el cual nos dicen algunos historiadores antiguos que ascendía á 5,000..... Cada templo tenía en verdad un número considerable, de manera que no juzgo temerario afirmar que no podían existir menos de 1.000,000 de sacerdotes en todo el imperio. Su número tenía que aumentar continuamente, merced al gran respeto que alcanzaba el sacerdocio, y á la alta opinión que ellos tenían del cargo de mantener el culto de los dioses. Aun los grandes hombres se disputaban consagrar á sus hijos por algún tiempo al servicio de los templos; en tanto que la nobleza inferior empleaba á los suyos en los trabajos exteriores, tales como el acarreo de madera, alimentación y conservación del fuego de las estufas, y otras cosas análogas.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 14.

(*Montezuma I*) concedió grandes privilegios y exenciones á los que deseaban seguir la carrera religiosa.—*Durán*, I, pág. 207.

Existían órdenes de sacerdotes mayores, menores y supremos..... los de *Vizliputzli* se sucedían por familias de ciertos barrios designados para este fin; los de los demás templos eran elegidos ó dedicados desde su infancia para el culto.—*Herrera*, III, pág. 209.

Había diversas órdenes y diversos grados entre los sacerdotes (*teupixqui*). Los jefes de todos eran los dos grandes sacerdotes á quienes se les llamaba *Teoteuelli* (divino señor) y *Hueiteopixqui* (gran sacerdote). Tan eminente dignidad jamás se confería sino á los que se distinguían por su nacimiento, probidad y su gran saber acerca de todo lo relativo á las ceremonias de su religión; los grandes sacerdotes eran oráculos á los que consultaban los reyes en todos los negocios importantes de Estado, y jamás se emprendía una guerra sin su aprobación. A ellos les tocaba ungir al rey después de electo, y abrir los pechos y extraer los corazones á las víctimas humanas en los sacrificios más solemnes..... Parece que los grandes sacerdotes de *México* eran los jefes de la religión sólo entre los *mexicanos*, y no respecto de las otras naciones conquistadas: éstas, aun después de quedar subyugadas á la corona de *México*, continuaban manteniendo independiente su sacerdocio..... El alto sacerdocio se confería por elección; pero ignoramos si los electores pertenecían á la orden sacerdotal, ó eran los mismos que elegían al jefe político del imperio. Después de esta suprema dignidad del sacerdocio, el cargo más respetable era el de *Mexicoteohuatzin* que conferían los grandes sacerdotes. La misión de este funcionario era cuidar de la debida observancia de los ritos y ceremonias, vigilar la conducta de los sacerdotes que estaban encargados de los seminarios, y castigarlos si resultaban culpables de mal comportamiento. A fin de facilitarle el cumplimiento de todos los deberes de un empleo tan extenso, se

le adscribían dos ayudantes ó delegados.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 14.

(Según *Torquemada*, lib. IX, cap. 3, el *Hueiteopixqui* estaba subordinado al *Teoteculli*.)

(*Torquemada*, lib. IX, cap. 6, manifiesta cómo el *Mexicatlteohuatzin* (cuya autoridad estaba limitada á la ciudad de *México*) por el conocimiento que tenía de la conducta y adelanto de los alumnos de las escuelas de los templos, ejercía una influencia decisiva en todos los nombramientos, tanto políticos como eclesiásticos.)

Al que era perfecto en todas sus costumbres, ejercicios y doctrinas..... lo nombraban gran sacerdote..... el rey..... y todos los principales..... Existían dos grandes sacerdotes, uno llamado *Teoteztlamacazqui*, otro *Tlaloellamacazqui*; y el que se llamaba *Quetzalcoatl Totectlamacazqui* servía al dios *Vitzilopuchli*, y el otro, que se llamaba *Tlaloellamacazqui* servía al dios *Tlalocanteculli*, que era el dios de la lluvia; y estos dos sacerdotes eran iguales en rango y honor, á pesar de que descendiesen de muy bajo origen..... Los grados por los que debía pasar el gran sacerdote eran los siguientes: el primero, llamado *Tlamacazto*, es decir, acólito; el segundo, *Tlamacazqui*, es decir, diácono, y el tercero, *Tlanamacac*, es decir, sacerdote. De entre los sacerdotes elegíase á los grandes sacerdotes ó *Quequetzalcoa*, es decir, sucesores de *Quetzalcoatl*.—*Sahagún*, lib. III, apéndice, cap. IX.

(Las aseeraciones contradictorias de *Torquemada* (admitidas por *Clavijero*) y *Sahagún*, referentes al elevado oficio sacerdotal, implican que las clerecías de los distintos dioses estaban enteramente separadas, y tenían cada una una gradación propia. El clero de *Huitzilopochli* pertenecía á la tribu gobernante, y gozaba por lo mismo de gran influencia política. Solamente los *Mexicatlteohuatzin* poseían autoridad sobre más de un clero, y eran los únicos que tenían límites locales.)

Los ministros ordinarios del sacrificio (humano en *México*) eran seis sacerdotes, cuyo jefe se denominaba *Topiltzin*; la au-

toridad de éste era prominente y hereditaria.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 18.

El oficio de abrir los pechos de los hombres que se sacrificaban era honorable en *México*.—*Herrera*, IV, pág. 173.

Todos los cargos de religión estaban divididos entre los sacerdotes. Algunos eran los sacrificadores, otros los adivinadores, otros los compositores de himnos, y otros los cantantes. De estos últimos, unos cantaban durante ciertas horas del día, y otros durante ciertas horas de la noche. Varios sacerdotes tenían á su cuidado la limpieza del templo; algunos guardaban los ornamentos de los altares, y otros se encargaban de la instrucción de los jóvenes, de la corrección del calendario, del orden de las fiestas y de la conservación de las pinturas mitológicas.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 15.

(Por lo que hace á una larga lista de cargos sacerdotales, véase *Torquemada*, lib. IX, caps. 6 y 10. Según ella, existían muchas clerecías separadas, consagradas al servicio de diversas deidades y templos. Cada una de dichas clerecías tenían una gradación regular y una especificación de cargos.)

(Acerca de sacerdotes especiales de la diosa *Cinteuh*, véase *Torquemada*, lib. IX, cap. 8. Llevaban una especie de vida monástica, y los sumos pontífices recurrían á ellos en demanda de consejos.)

El cargo y carácter sacerdotal no era de naturaleza perpetua entre los *mexicanos*. Había algunos ciertamente que dedicaban sus vidas enteras al servicio de los altares, pero otros permanecían en él cierto tiempo..... ni estaba el sacerdocio limitado al sexo masculino, pues había algunas mujeres empleadas en el servicio inmediato de los templos.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 16.

(*Torquemada*, lib. VIII, cap. 20, da detalles acerca de las rentas valiosas de los templos. Puede creerse que consistían principalmente en las contribuciones de los poseedores de las propiedades de los templos. Dícese que el sobrante se distribuía entre los pobres.)

El vestido que usaban los sacerdotes *mexicanos* no se diferenciaba en nada del que usaba el pueblo, excepción hecha de un manto de algodón que llevaban á modo de velo sobre la cabeza; pero los que observaban en sus monasterios una vida más austera, vestíanse siempre de negro como los sacerdotes comunes de otras naciones del imperio. Jamás se razaraban, por lo que el pelo de muchos de ellos crecía tan largo que les llegaba á las piernas; entretejiánlo con gruesos cordones de algodón, y lo pintaban con tinta, formando una pesada masa no menos inconveniente para cargarla que disgustante y repulsiva para la vista. Además de la acostumbrada unción de tinta, practicábase otra más abominable y extraordinaria cada vez que tenían que efectuar sacrificios sobre las cimas de las montañas, ó en las oscuras cavernas de la tierra. Tomaban una gran cantidad de insectos venenosos, tales como escorpiones, arañas y gusanos, y á veces hasta pequeñas serpientes, los quemaban en alguna estufa del templo, machacaban sus cenizas en un mortero, junto con ollín de *Ocoll*, tabaco, yerba del *Ololiuhqui* y algunos insectos vivos. Presentaban á sus dioses esta mistura diabólica en pequeños vasos, y después untaban sus propios cuerpos con ella. Cuando estaban ungidos así desafiaban todo peligro, persuadidos de que quedaban invulnerables para cualesquiera daños, aun los de los reptiles más nocivos de la tierra, ó los de las bestias más feroces de los bosques. La llamaban *Teopalli* ó medicamento divino, y la consideraban como un remedio poderoso para varios males.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 15.

(*Durán*, I, pág. 196, asegura que cada parte y adorno de los sacerdotes tenía su significado místico.)

(Para los ritos observados en el nacimiento de los niños, véase *Clavijero*, lib. VI, cap. 37.)

(Según *Torquemada*, lib. IX, caps. 11 y 13, toda la educación se daba en los templos. Muchísimos niños eran enviados á éstos para su educación, desde la edad de cuatro años hasta

su matrimonio. Efectuábase la educación, parte en el interior de los templos (tratándose de los hijos de las clases elevadas) y parte en los colegios adyacentes (tratándose de los hijos de la clase media). Conforme á *Sahagún*, lib. III, apéndice, caps. 4 y 8, hay que distinguir la educación del *Calmeccac* y la del *Tepuchcalli*. El trabajo que hacían los jóvenes para servicio del templo era diferente, según se tratara de una ó de otra clase; los que pertenecían á la primera barrían el templo, alimentaban el fuego, etc.; los de la última, acarreaban leña, etc.; y de esta suerte se les impartía la enseñanza. A aquéllos se les enseñaba, además de la religión y la moral, las leyes del Estado; los muchachos que no seguían este largo curso, eran enviados á las escuelas del templo desde el sexto hasta el noveno año de edad. Al dejar estos colegios los jóvenes se casaban, y se les consideraba como tributarios.—Véase *Zurita*, págs. 134-35.)

(Era costumbre dedicar á los jóvenes al servicio de los templos, bien fuese por todo el tiempo que tardasen en casarse, ó por un plazo más corto. Vivían en los edificios más cercanos á los templos, bajo el cuidado y gobierno de ancianos, y tenían que dedicarse á toda especie de trabajos domésticos, tales como la hechura de adornos, etc., y que desempeñar también el servicio espiritual.—Véase *Torquemada*, lib. IX, cap. 14.)

Diferentes órdenes ó congregaciones de hombres y mujeres..... dedicábanse al culto de algunos dioses especiales.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 17.

(Había entre los *naturales* una congregación de hombres y mujeres, jóvenes todos dedicados al dios *Tezcatlipuca* (que se decía aparecía en forma hermosa de joven). Reuníanse todas las noches en cierta casa para adorar al dios, sin tener, sin embargo, ningún libertinaje en sus reuniones. Continuaban en este servicio hasta que se casaban. Estaban bajo el cuidado de un maestro principal.—Véase *Torquemada*, lib. IX, cap. 30.)

(Para los ritos nupciales ejecutados por los sacerdotes, véase *Clavijero*, lib. VI, cap. 38.)

Todos los señores tenían en su casa un sacerdote ó capellán para que hiciese las ceremonias dentro de la misma casa. A la muerte de alguno de aquéllos se mataba á su capellán para que continuase sirviendo á su amo (en el otro mundo).—*Herrera*, III, pág. 220.

Todos los *indios*, hombres ó mujeres, tenían dos altares: uno cerca de donde dormían, y otro cerca de la puerta de la casa. En ambos estaban colocadas muchas pequeñas arcas de madera..... llenas de ídolos grandes y chicos, piedrezuelas y pedernales y librillos, formados de corteza de árbol..... conteniendo signos que indicaban las estaciones y los sucesos pasados.—*Díaz del Castillo*, cap. 208.

(Respecto de los ritos funerales ejecutados por los sacerdotes, véase *Clavijero*, lib. VI, cap. 39.)

(Existían dos clases de templos: bajos y circulares, en los que se conservaba el fuego perpetuo, y altos y piramidales, en cuya cima se efectuaban los sacrificios.—Véase *Motolinia*, pág. 30.)

El número de templos en todo el imperio *mexicano* era muy grande. *Torquemada* opinaba que podían existir más de 40,000; pero estoy persuadido de que excederían en mucho á este número si se comprendiesen los más pequeños.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 12.

En cada pueblo no sólo había un templo principal y otros pequeños dentro de él, sino que en cada barrio había otros pequeños patios con tres, cuatro y aun seis templos inferiores. Tenían también templos..... en las montañas..... y á los lados de los caminos.—*Torquemada*, lib. VIII, cap. 9.

Tenían..... templos soberbios, adoratorios particulares, y santuarios, como el *Cá* de *México* que era el famoso templo de *Vitzilipuztli*, tan grande, que en su patio, que se encontraba enfrente de los aposentos, se reunían 10,000 hombres para bailar. Delante del altar se encontraba una piedra ver-

de piramidal, acabada en punta, de cinco palmos de alto, sobre la que ponían á los hombres para sacrificarlos, con el objeto de que, estando encorvados sus cuerpos, pudiera abrirseles el pecho con una navaja, y sacarles fácilmente el corazón. Había en *México* otros ocho ó nueve templos dedicados á diferentes dioses, y unidos entre sí, dentro de un gran círculo, teniendo cada uno sus escaleras especiales, y un patio con aposentos y dormitorios, con las puertas hácia el Este, Oeste, Norte y Sur, y en sus torres y almenas variadas pinturas y figuras grabadas en las piedras, sostenidas aquéllas por grandes contrafuertes. El templo que ocupaba el segundo lugar, después del de *Vitzilipuztli*, era el de.... [*Tezcalliputca*] que tenía 80 escalones para llegar á lo alto, y estaba hermosamente labrado. Al fin de los escalones se encontraba un espacio plano ó mesa de 120 pies de ancho, junto á una sala cubierta siempre con un velo, á donde ninguno podía entrar, excepto los sacerdotes; todo el templo se encontraba curiosamente adornado con variadas figuras. Estos dos templos eran una especie de catedrales, y los demás parroquias, capillas y ermitas; y tan espaciosos, que dentro de ellos había colegios, escuelas y casas para los sacerdotes.—*Herrera*, III, págs. 208-9.

En cuanto á la descripción del gran templo de *Tezcuca* (que según *Motolinia*, pág. 44, era aún más grande que el de *México*) véase el manuscrito de *Juan B. Pomar* citado por *Orozco y Berra*, pág. 241. Estaba dedicado á *Huitzilopuchtlí* y *Tlaloc*, y servía también de arsenal. El *Cú* de *Tezcallipoca* era mucho menor).

El número de imágenes por medio de las cuales se representaban y adoraban aquellos falsos dioses en los templos, las casas, las calles y los bosques, era infinito..... Se hacían generalmente de arcilla y ciertas clases de madera y piedra; pero algunas veces, también de oro y otros metales, y aun existen algunos de piedras preciosas..... El ídolo más extraordinario de los *mexicanos* era el de *Huitzilopochtli*, que es-

taba formado de semillas determinadas amasadas con sangre humana. Casi todos sus ídolos eran toscos y deformes, debido á las partes fantásticas de que se componían en representación de sus atributos y empleos.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 8.

(El ídolo de *Tezcallipoca* estaba teñido de negro.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 2.)

(Según *Dávila Padilla*, pág. 77, los ídolos *Mexicanos* generalmente eran huecos á fin de que cupiera en su interior el sacerdote que debía hablar en su nombre.)

El Obispo de *México* (1531) informa á su orden que..... se habían derribado 500 templos, y reducido á pedazos, ó quemado 20,000 ídolos.—*Helps*, III, pág. 300.

Solamente los sacerdotes tenían el derecho de entrar al templo de *Tlaloc*.—*Muñoz Camargo* (*Nouvelles*, etc., 1843, III, pág. 137).

La obligación perpetua (de los sacerdotes) era quemar incienso ante los ídolos cuatro veces al día. La primera al amanecer, la segunda al medio día, la tercera al anoecer, y la cuarta á media noche. A esas horas, las dignidades se levantaban, y en lugar de sonar campanas pitaban tristemente bocinas y caracoles, después de lo cual el sacerdote á quien le tocaba de semana salía con una vestidura blanca, á modo de dalmática, y con un incensario en una mano, que contenía fuego sacado del gran brasero que ardía siempre ante el altar, y en la otra una bolsa llena de incienso, que quemaba ante el altar con profundo respeto. En seguida tomaba un lienzo, y limpiaba el altar y las cortinas, y por último todos se iban á un cuarto donde ejecutaban una especie de penitencia muy cruel, hiriéndose y sacándose sangre á sí mismos, acto que jamás se omitía á media noche. Predicaban al pueblo en algunas festividades, y les estaban asignadas ciertas rentas además de las grandes ofrendas que se les hacían.—*Herrera*, III, pág. 209.

La obligación más importante de los sacerdotes, y la ceremonia principal de la religion de los *Mexicanos*, consistía en